

Introducción

No se conoce ninguna cultura en la que no esté presente el hecho religioso, y esta evidencia histórica nos invita a pensar que la religión no es un fenómeno adjetivo para la vida humana, sino sustantivo. La religión responde a necesidades esenciales del hombre, propone una interpretación al sentido de la vida, proporciona una motivación para vencer sus reveses y ofrece valores propios y exclusivos de los seres humanos.

Pero hay factores que nos retraen a la hora de abrazarla y vivir en sintonía con ella. Uno de estos factores es que hayamos decidido pasar por la vida sin agobios ni compromisos, sobrenadándola sin acabar de sumergirnos en ella. Otro, que consideremos la religión como algo del pasado; algo que quizá tuvo sentido en su día para suplir la ignorancia de la gente, pero que en la actualidad ha perdido todo su sentido al haber descubierto la ciencia los mecanismos que gobiernan el mundo.

Y la verdad es que cada vez que la ciencia realiza un descubrimiento relevante, nos queda la sensación de que se está estrechando el espacio necesario para creer en Dios. De hecho, para muchos cristianos, los avances científicos juegan en contra de su fe religiosa, pues temen que acaben por demostrar que el cosmos

es tan solo una gran máquina autónoma ajena a cualquier tipo de diseño divino.

Pero la línea de pensamiento más inquietante para quien tiene una concepción trascendente de la vida, es quizá la que afecta a la propia idea de ser humano, pues el concepto de lo humano está siendo zarandeado por mil teorías reduccionistas que acaban por desconcertarnos. Escuchamos decir que somos un simple animal más evolucionado que el resto; que nuestra conciencia es sólo el fruto de nuestra actividad cerebral; que nuestros sentimientos más nobles, como el amor, se reducen a procesos bioquímicos; que no existe el libre albedrío; que nuestros actos están determinados; que nuestra vida es un mero paréntesis entre la nada de antes y la nada de después... y eso nos afecta.

Ante este panorama tenemos varias opciones. Podemos hacer oídos sordos y reafirmarnos en nuestra apuesta por Dios, podemos cambiar su signo y apostar por todo lo contrario, podemos soslayar la cuestión y resignarnos a vivir una vida superficial e indiferente a toda idea religiosa... o podemos coger el toro por los cuernos y tratar de entender por nosotros mismos hasta qué punto el avance de la ciencia y el auge del reduccionismo pueden suponer un obstáculo para nuestra fe.

Agustín de Hipona decía: «*Entiende para creer y cree para entender*», y mucho más recientemente Einstein remachaba esta idea con una frase muy conocida: «*La religión sin la ciencia es ciega, y la ciencia sin la religión es coja*».

Este libro nace para tratar de dar respuesta a estas inquietudes, y lo hace a través de una reflexión rigurosa centrada en las preguntas límite de nuestra existencia. Una reflexión en la cual se combina tanto el conocimiento científico, como el filosófico y el teológico, y que abarca todo ese colosal proceso que se inicia en el Bing Bang y llega hasta nosotros.

Quizá convenga aclarar que no buscamos certezas, ni demostrar nada, ni tener razón en nada, sino limitarnos a repasar muy sucintamente el proceso evolutivo, y compartir una reflexión que a nosotros nos parece interesante. El hecho de no buscar certezas es lo que nos permite alternar en nuestra reflexión ideas procedentes de los ámbitos científico, filosófico y teológico, aunque respecto a este último, debemos aclarar que no vamos a apoyarnos en la revelación para demostrar nada, sino que analizaremos sus propuestas en base a su razonabilidad.

Una última cita para finalizar esta introducción: «*Poca ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia devuelve a Él*» (Louis Pasteur).